

De pájaros y hombres. Historia de dos guardianes de reservas

CARLOS AUGUSTO JARAMILLO

JAIRO OSORIO: EL DOMADOR DE COLIBRÍES

A solo una hora de Manizales en carro se empieza a disfrutar de los paisajes paramunos, de árboles achaparrados del Parque Nacional Natural Los Nevados. A medida que se sube la vegetación es cada vez más escasa y el paisaje nos hace pensar en un planeta muerto; es por esto que la Nasa comenzó a ver el parque como un entorno perfecto para entender qué pasó en Marte hace millones de años.

No obstante, el parque no está muerto, está increíblemente vivo; es cierto que después de los 3.800 metros sobre el nivel del mar la vegetación y la fauna son menos visibles, pero incluso a los 6.000 metros se puede ver al cóndor de los Andes planear sobre las corrientes gélidas.

En el área del parque es posible observar, si se tiene paciencia, más de sesenta especies de aves que habitan en un ambiente regido por un volcán activo desde hace dos mil años. Los colibríes chivito (*Oxygogon guerinii*) y piquicorto (*Ramphomicron microrhynchum*) son comunes incluso después de los 3.000 metros sobre el nivel del mar.

Pero observar aves es un oficio zen. Se necesita tanta paciencia como entusiasmo y el final puede ser frustrante si el tiempo es limitado para esperarlas. Sin embargo, hay un sitio en este páramo donde es posible lograr el avistamiento en tan solo unos minutos, y esto se debe a un hombre que logró encantar a las aves, y en especial a los colibríes de esta zona. Jairo Osorio Salazar, un guardabosques con más de veinticinco años de trabajo en parques naturales, y toda una vida en el páramo, es hace varias décadas vecino de los colibríes y el volcán. Desde su labor como jardinero y ayudante de servicios generales en el hotel Termales del Ruiz, don Jairo comenzó a crear un ambiente con libaderos y plantas para la alimentación de los pájaros de esta zona. Gracias a su constancia, en tan solo unos minutos los visitantes pueden ver unas veinte especies de pájaros y si se tiene un poco de paciencia es posible doblar esa cifra.

El espacio es maravilloso, no solo un santuario para las aves, sino también para la flora: plantas de las familias *Rubiaceae*, *Fabaceae*, *Melastomataceae*, *Lauraceae* y *Moraceae*.

Gerente Agencia Cultural del Banco de la República, Manizales.

Las fotografías que acompañan este artículo fueron tomadas por Juan Henao.



Jairo Osorio Salazar en el hotel Termales del Ruiz.

El artífice, don Jairo, recuerda cómo llegó a tener esta afinidad por las aves:

Me comenzó a gustar cuando trabajé con la doctora Mélida Restrepo de Fraume, fui guardabosques del Ecoparque Alcázares. De ahí salí como funcionario de parques donde trabajé diez años y fui guía baquiano, pues, empíricamente. Yo no salí de una universidad, no salí de un SENA, pero me conozco el 70 u 80% del parque.

En el hotel don Jairo tiene, además, senderos para ver a los colibríes.

Esto se me ocurrió de cuando trabajé en la Reserva de Río Blanco, aquí en el hotel me tocaba el cuento con los libaderos y viendo tantos colibríes cogí un libadero y comencé a traerlos y a llamarlos, y en mis ratitos de ocio venía a desestresarme con ellos, y es como algo que salió de la nada, por decir algo.

Sin embargo, jamás esperó tener tanto éxito entre los turistas y visitantes de las aguas termales.

Tenía la idea de crear un lugar propicio para el avistamiento de los colibríes, algo como en el Recinto del Pensamiento, como en Río Blanco. Un día tuve la oportunidad de decirle a mi jefe que me dejara trabajarle a este proyecto y le prometí que en tres meses le ganábamos a Río Blanco y al Recinto del Pensamiento, le dije que se nos iban a quedar en palotes. En realidad yo no sabía, fue una cosa como por goma, pero funcionó y cumplí.

Los pájaros han perdido toda timidez, se posan sobre los visitantes, liban de pequeños recipientes que se pueden sostener en las manos y a veces son tantos que se pelean por aparecer en las fotografías de quienes incrédulos disparan hacia todos los lados buscando atrapar esas rápidas manchitas multicolores.



A pesar de lo logrado, don Jairo no está del todo satisfecho, quiere seguir adelante, realizar proyectos con el hotel para un tipo de turismo más enfocado en el medio ambiente.

Proyectos hay muchos... muchas cosas qué hacer. Por ejemplo, ya hablé con uno de mis jefes, Carlos Zapata, de sacar un turismo de acá a los alrededores del nevado porque hay cosas muy hermosas para ver, está la cascada del Gualí, está el río Azufrado, está Aguas Calientes. El proyecto está en eso, en hacer unos buenos senderos y promover el turismo de senderismo en vez de estar solo acá.

Una familia de páramo

Jairo vivió en unión libre veintitrés años, y es padre de tres hijos que educó dentro del parque.

Los hijos se me criaron acá, fue muy bonito porque crecieron hermosos, inteligentes y colaboradores. Cuando niños, como a los cuatro o cinco añitos, yo les tenía el arnecito a todos; tengo la foto de ellos uniformados de funcionarios de Parques, les tenía cuerditas, les mandé a hacer crampones y los mantenía en la nieve, yo los amarraba y los subía por toda parte. En cierta oportunidad me quedé sin trabajo y me fui a administrar una finca en Cartago y administrando esa finca por allá en Cerritos ya les gustó fue la tierra caliente y ya no quieren saber nada de por acá, ni siquiera de Manizales (risas), que muy frío dicen. De todas formas son mi orgullo, hay uno, el que está en la universidad estudiando Ciencia Política, salió a vacaciones y creo que ésta o la otra semana me lo reciben como guardaparques voluntario, o sea que algo sí les quedó.

“Los pájaros han perdido toda timidez”, los colibríes son atraídos por los libaderos de los que se encarga Jairo Osorio.

Jairo se reconoce a sí mismo como un campesino, se siente orgulloso de serlo, de su vida en la montaña y de su trabajo por un mejor medioambiente. Por eso, sus labores diarias son sus pequeñas alegrías, cuando se siente triste o le “sacan la piedra” sube y busca la compañía de sus pájaros. Cada mañana llena los libaderos con cinco o seis medidas de agua por una de azúcar. Y aunque está tan cerca de ellos reconoce que hasta hace muy poco empezó a reconocerlos por sus nombres comunes y científicos.

De verdad no los conozco bien, algunas veces los ornitólogos incluso me confunden pues hay unos que llaman a las especies de una manera y otros les dicen de otra, como con el chivito de páramo, que lo llaman de muchas maneras. Los he ido copiando y ya por el nombre común, más o menos los identifico, no todos, pero si los alcanzo a identificar. Lo que me queda muy duro son los científicos que son muy enredados.

Cuando un turista o un ornitólogo disfruta del sendero y de los pájaros, especialmente del colibrí, queda sorprendido de lo que este hombre ha logrado. Según el guardabosques

Ellos vienen a ver los pajaritos y son felices. Invito por la mañana a los huéspedes para que vengan y me colaboren e inclusive hay anécdotas muy bonitas del papá mandándole la foto a la abuelita, o a la suegra. Todos tienen razones diferentes, hasta hay personas que les da miedo de los colibríes porque son muchos y van muy rápido, todos somos diferentes.

Con la delicadeza de un enfermero, todos los días alimenta y acaricia a los colibríes; algunos pocos, los más esquivos, solo permiten una proximidad de menos de medio metro. Mientras les llena los libaderos, este viejo amable les grita una y otra vez: ¡papuchis!, ¡papuchis!, ¡papuchis!

No es que tenga el *feeling* solo con los pajaritos, cómo le dijera, creo que tengo una magia con todos los animales. Yo quiero a los animales, yo veo un animal y pues me entrego, por eso inclusive dejé de estudiar, por dedicarme a andar detrás de la cola de las vacas. Me gustan todos los animales, veo un animal enfermito y me preocupo.

El conocimiento de Jairo supera por mucho los escasos metros cuadrados donde ha implementado los libaderos. Cuando lo visitan los ornitólogos que quieren avistar ciertas aves específicas, Jairo sugiere un sendero.

Eso depende de lo que quieran ver, por allí hay uno cubierto de árboles, animales pequeños y el ambiente del volcán, incluidas las aguas termales. Hay otros más corticos, también hay unos senderitos a dos o tres cascaditas, hay uno de esos senderos que va por la gruta. Si la persona camina y uno ve que puede como arriesgarlo un poco, se va uno por toda la montaña hasta la gruta; pero si uno ve que la persona es como sedentaria y no anda, y le da dificultad andar entre la vegetación, entonces uno se va por la carretera. Es cuestión de estudiar al cliente, saber qué capacidad tiene y qué quiere ver.

Islas en el cielo

Aunque no es común, en mañanas despejadas también es posible ver desde este sitio al cóndor de los Andes. Osorio tiene una relación especial con estas enormes aves.

Yo en realidad lo veo mucho, incluso tuve la oportunidad de trabajar con ellos. Cuando fui funcionario de Parques tenía que llevarles carne



a los primeros tres cóndores que trajeron de Chile; también me tocó alimentarlos cuando estuvieron en cautiverio. El cóndor se ve en la parte alta, acá no viene mucho porque estamos en medio de dos cañones y ellos necesitan corrientes de aire para planear, pero a veces se ven. Más arriba si es fácil avistarlos, por los lados de Brisas, por el Arbolito, más que todo por Playa Larga y por La Quinta. Por esas zonas se ve mucho porque por ahí hay más ganado, dejan más comida y la mayoría de los ricos ya están muy conscientes de que todo animal que se muere lo llevan retiradito y lo dejan para que ellos lleguen.

Inca bronceo (*Coeligena coeligena*), familia *Trochilidae*, habita las zonas de Río Blanco, Manizales.

Este rico ecosistema de páramo en el cual se encuentra el hotel tiene unas características especiales de fauna y flora, lo que permite que al caminar por sus senderos los avistadores de pájaros y los amantes de la naturaleza descubran auténticos tesoros no rastreables en ningún otro lugar. Los páramos son literalmente islas en el cielo, lo que crea espacios de biodiversidad única donde las especies endémicas no son la excepción sino la regla. De esta forma, si está dispuesto a sentir el aire frío y cortante mientras espera en silencio con unos binoculares, el premio puede ser una bandada de periquitos de páramo que con su particular gorjeo cruza el cañón rumbo a los nidos próximos.

Es tal el arraigo de Jairo, que por ello no resulta raro que su amor por estas tierras lo obligue a quedarse.

¡Me gusta todo! Llevo por ahí cuarenta años trabajando acá en Termales, con las últimas tres administraciones y todos los días estoy más enamorado de los atardeceres porque son diferentes siempre, hay unos atardeceres que uno dice ¡uy, nunca lo he visto! ¡Nunca he visto algo tan lindo! En el mes hay treinta atardeceres y todos los días dice uno



Albeiro Uribe en la reserva de Río Blanco, Manizales.

¡uy, tan hermoso, nunca lo había visto!... y las noches, todas las noches de luna son espectaculares.

Solo hay una cosa que quiere más que su entorno y es la posibilidad de compartirlo, de darlo a conocer a otros; por eso, sus palabras siempre están cargadas de emoción y tal vez sus historias las ha contado miles de veces, pero por su emoción cuando habla parece haber aprendido el guion ayer y que fuera su primer día de trabajo.

Hace unas noches había un turista en la piscina y le apagué todas las luces y dijo '¡qué bonito!, ¿usted sabe alguna cosa?'. Y le dije: vea ese es Sagitario, ese es Orión, ese es Gabriel y lo tuve ahí preguntándome como unos diez o quince minutos, cuando me fui a retirar me dijo: 'venga, venga' y sacó el celular con un programa para ver las estrellas '¿cuál es Orión?'. Y yo le dije vea son esos cuatro punticos de allá y me dijo '¡no jodás hombre! ¿Usted dónde aprendió?'. Y ese fue un gran orgullo. Si a esta belleza se le suma el tener el orgullo de tratar con turistas, de mostrarles las noches de estrellas, de hacer caminatas nocturnas solo para ver al cielo, cuando nos quedamos a oscuras con toda la Vía Láctea sobre nosotros y se ve todo, y es hermoso: Sagitario, Orión, Gabriel... todo se ve y se los puedo compartir.

ALBEIRO URIBE: EL HOMBRE QUE HIZO VISIBLES A LAS GRALARIAS

Siempre me gustaron las aves. Como mi padre, fui un excelente cazador. Yo estaba orgulloso de ser como él: buen cazador, excelente tirador, el mejor caucheador. Todo lo aprendí de mi papá. Y luego de mi hija, pero esa es otra historia.

Así recuerda José Albeiro Uribe Rodríguez, de 47 años, su primera relación con la naturaleza, y en especial con los pájaros. Desde niño le enseñaron que los humanos estaban hechos para dominar, no para contemplar y, sin embargo, contra todo lo que aprendió, logró darle un giro a su vida y convertirse hoy en uno de los principales guías en observación de aves del Eje Cafetero y uno de los pocos hombres que, sin lugar a dudas, puede darle a sus invitados el placer de ver esas esquivas aves que habitan los pisos de los bosques andinos: las gralarias.

Yo nací prácticamente dentro de la Reserva, aunque no sabía qué era una reserva. Lo que sí sabía era que mi familia era terrateniente de todo esto.

Albeiro no olvida que en las mañanas lo primero que cogía era la cauchera; sus proyectiles: frutos, piedras y sobre todo, bolas de cristal que metía dentro de una mochila y listo, al bosque.

Cazaba lo que fuera, no me importaba qué tan grande o pequeño. Lo hacía desde muy niño, antes de los diez años y también en la juventud hasta los, no sé, veinticinco años más o menos. Fue mi época de cazador.

Ahora es un conservador, conoce de memoria cientos de cantos de aves a las que identifica de lejos e incluso es capaz de imitarlas lo suficientemente bien como para que le contesten desde los árboles cercanos e incluso se acerquen. Su cambio se lo debe a una de sus hijas, Kelly Johanna, que cuando tenía once o doce años, le mostró a su papá que ver los pájaros y disfrutarlos era mejor que cazarlos.

Ella me fue enamorando de tanto impacientarme, se levantaba todos los días y me decía: ¡Pa vámonos a ver pajaritos, vamos a verlos! Y nosotros no teníamos implementos ni binóculos ni nada, todo era a dedo, pero igual nos íbamos madrugados a verlos.

Con los años, Kelly aprendió mucho sobre aves y empezó a formar parte de la Fundación Ecológica Gabriel Arango Restrepo (Fundegar), un grupo conformado dentro de la reserva que ayudaba a difundir la observación de aves.

Madrugaban todos los sábados, montaban redes o hacían censos altitudinales desde la zona baja hasta la zona alta de páramo, fue cuando dije no más a mi vida de cazador: ¡esto hay que pararlo! Me voy a dedicar a los pájaros y, gracias a la ayuda de mi hija, me interesé más y más. Conseguimos un pequeño libro y luego empezamos a apasionarnos mucho por el tema, fue una forma de estar juntos y me dediqué de lleno a observar y a aprender.



Albeiro Uribe alimenta a un tororoi comprapán (*Grallaria ruficapilla*), familia Grallariidae.

Al ver la gran afición de su hija y el entusiasmo que generaban las aves, se fue metiendo cada vez más en el tema y por esa misma época la Reserva Hidrológica, Forestal y Parque Ecológico de Río Blanco en Manizales empezó a difundir el tema de avistamiento de aves, a montar libaderos de colibríes y traer expertos en el tema.

Pensado al inicio como un bosque que permitiera cuidar el recurso hídrico de Manizales, Río Blanco, propiedad de Aguas de Manizales, pronto se convirtió en mucho más que una reserva de agua. Primero, se pensó en explotar la madera al mismo tiempo que se protegían las cuencas, pero debido a una plaga en los alisos canadienses que fueron sembrados con fines comerciales, el plan se vino abajo y comenzó uno que hoy agradecen todos los ambientalistas y amantes de la naturaleza: muy pronto la vegetación propia del páramo altoandino comenzó a tomar su lugar natural y con las especies de flora empezaron a proliferar también las aves.

El cambio en la vocación de Río Blanco terminó de transformar la personalidad de Albeiro:

Mi amor por las aves se acrecentó hace, póngale aproximadamente nueve o diez años, gracias al señor Sergio Ocampo; con él quise aprender más del tema de aves. Aunque yo ya venía de tiempo atrás encariñándome, imagínese, todos los días uno levantándose con su ruido que luego se transformó en canto de tanto ponerles cuidado.

Como Jairo, Albeiro es un baquiano, un autodidacta que se enamoró de los pájaros y la naturaleza.

Todo lo que he hecho es empírico, porque no he pasado por una universidad a hacer un curso de ornitología ni nada, todo son mis libros, mis salidas de campo, mis binóculos y no más; una pequeña libreta y escriba: 'este lo vi así' y vengase a identificarlo o en el mismo campo lo identificaba.

Un día normal

¿Cómo inicia el día de un avistador de aves en Río Blanco?

Bueno, a ver, eso es muy especial. Mi día normal comienza a las 5:00 o 5:30 de la mañana; lo primero que tengo que hacer es ir a alimentar al oso –Chucho es un oso de anteojos que vive en cautiverio en la reserva, una bola de pelo y garras que enternece a los visitantes mientras come manzanas–, muy 6:00 o 6:30 de la mañana hay que estar dándole el desayuno. A las 7:00 de la mañana estoy saliendo con mi balde con lombrices a alimentar a las gralarias. A las 7:00 estoy cebándolas en los tres sitios que voy a visitar, entonces en cada uno de los lugares vemos que hay diferentes especies de aves, aunque para mí las gralarias son las primordiales en este momento.

Los recorridos son importantes, especialmente en grupo. Por supuesto, tanto la cantidad de observadores de aves que tenga, como lo que buscan, define el tipo de recorrido que hace con ellos:

Si tengo un grupo desde temprano, realizo un itinerario igual hasta que vamos a alimentar a las gralarias, pero después del recorrido inicial nos vamos a pajariar, a observar. Si la persona que está conmigo trae un listado, pues igual, trato de buscar las aves que él quiera ver e ir a



Grallaria ruficapilla
propia de Río Blanco.

mostrárselas, tratar de que las vea para que se vaya satisfecho. Si viene a ver lo que más podamos, hasta mucho mejor porque estoy mostrando todo, estoy atento a lo que escuche y lo que observe, todo se lo muestro. Pero, si la persona es dura para las aves, entonces trato de sintonizar mi oído y estar muy al tanto de lo que pase, así él esté muy entretenido, yo estoy pensando dónde escucho el ave que él quiere ver para poder ir a buscarla.

Gralarias

La gralaria es el ave más popular dentro de la Reserva de Río Blanco en Manizales. Allí se desarrollan programas de conservación, capacitación y avistamiento de aves. Aunque no solo en estos temas.

Río Blanco es un sitio que cada vez se ha ido especializando más en el tema de conservación y protección sobre la fauna; es cierto que las aves son nuestro fuerte para mostrar y nuestro potencial, pero entendemos la importancia de los mamíferos, los anfibios, los reptiles y, en general, de nuestra flora y fauna. Río Blanco como tal tiene un gran trabajo, un gran proceso que ha venido cada día incrementándose más en la protección.

Y en verdad hay mucho que proteger. Si se habla desde la ornitología, en la reserva se identifican cerca de trescientas setenta y dos especies de aves, incluidas especies únicas de esta región como la perdiz colorada (*Odontophorus hyperythrus*) y el colibrí pantalón de patas negras (*Eriocnemis derbyi*), entre otras. Por eso, cuando Albeiro se dio cuenta de la diversidad de las gralarias logró verlo como una oportunidad, pues este tipo de aves tiene la peculiaridad de que son fáciles de oír, pero muy difíciles de ver porque no vuelan alto y más bien corren y se ocultan entre los matorrales.

Con el señor Sergio Ocampo difundimos y empezamos a decir: esta es una de las reservas con mayor número de gralarias, ahora tenemos ocho o nueve especies, debemos pensar en promocionar eso.

Empezamos a hacer los comederos. Es un tema lindo, apasionante; le tiene que gustar a uno porque es de *mucha* paciencia y de saber qué es lo que se quiere hacer.

El modelo de avistamiento de gralarias lo tomaron de Ecuador, donde casi por casualidad un hombre descubrió la forma de hacer visible a una especie que es bastante difícil de ver.

Yo descubrí esto de Ángel Paz, del Ecuador; él fue, digamos, la primera persona que difundió el tema de gralarias; la de él es una historia bonita. Era un campesino, como yo, se puede decir, pero alguna vez arando en su parcela con azadón empezó a notar algo raro, veía todos los días un pájaro que estaba detrás de él escarbando en su huerto y él decía: 'pero ¡qué pájaro es éste!' Él no conocía ni sabía de este tema, pero se le ocurrió tomar una foto y llevársela a alguien que sí conocía de pájaros; la persona le dijo que era un animal muy importante, una de las especies más buscadas en esa época por los observadores de aves, entonces le dijo: ¡no hombre! usted tiene que seguir con esto. Le dio los nombres y los datos y él poco a poco hizo la forma todos los días de acercarse a las aves, de darles su comida y sus lombrices, por eso creció el número de aves. Él en este momento tiene cuatro o cinco especies que se pueden ver fácilmente y montó una cosa muy creativa en el tema. Desde allá vino el cuento, por el tema de las gralarias.

Ver gralarias no es nada fácil y ni se diga fotografiarlas; para ello es necesaria una rara combinación de conocimiento, paciencia y suerte con el fin de lograr una buena imagen. Es aquí donde el trabajo de Albeiro ha puesto la balanza a favor no solo de los observadores, sino también de las aves. Sin embargo, crear el entorno para verlas fue un trabajo de meses que ahora obtiene sus recompensas.

No fue fácil llegar a lo que ahora tenemos. Mi primera tarea fue identificar los sitios que más frecuentaban por los cantos. Buscaba el lugar donde más las escuchaba y luego hacía una entrada y un sendero hasta ahí. Luego no hacía de una vez el comedero sino que montaba un pequeño escarbadero con un arado, y ahí ponía oculta una reproducción del canto de la gralaria y a un lado les dejaba lombrices para que ellas miraran y escucharan su canto y a la vez vinieran y vieran que era lo que había y se encontraran con las lombrices, y yo a unos veinte o treinta metros escondido observando qué era lo que llegaba. O sea, eso es de paciencia. Por cada especie eran entre tres y cuatro meses o hasta un poco más para atraer cada tipo de gralaria. Ya con el tiempo me les iba acercando más, aprendí a imitar su canto, para que no se sintieran tan atraídas por una grabación, sino por un canto que yo mismo imitara y ellas se fueron adaptando a eso. Me fui acercando cada vez más, e igual, les iba tirando las lombrices y ya empezaba a mostrarme, a dejarme ver de ellas, para que se dieran cuenta que alguien amistoso les estaba dando comida todos los días. Este es un proceso muy lindo.

Sin embargo, no todo el mundo está de acuerdo con ese método. Mientras muchos ven los alimentaderos como un espacio para observar a las gralarias, poder apreciarlas e incluso aprender más sobre ellas y realizar investigación, otros expertos sostienen que alimentar las aves equivale a domesticarlas y que es malo para el ecosistema y para las aves mismas.

Hay varios comentarios que he escuchado a numerosas personas, que lo mejor es dejarlas en su hábitat pero, asimismo, hay muchas personas

a las que les gusta este tipo de espacios porque quieren venir a ver esta especie y saben a dónde llegar, dónde están las gralarias y vienen a los comederos para verlas con mucha más facilidad. Además, está el interés científico de personas que quieren verla, tomarle su foto, llevarse su imagen y su canto. En fin, a todo esto yo no le veo inconveniente, esto no ocurre solo en Colombia, en el mundo se usan muchos métodos, están los que ponen un *playback*, aunque no es muy adecuado ponerlo a los comederos; la verdad yo lo hago de corazón y me apasiona, y a la gente también le gusta.

La verdad que a mí me encantan las gralarias, las amo y las adoro por el sacrificio que hice por ellas y por cómo me han recompensado. Lo digo de todo corazón. Ellas me han dado a conocer en todo el mundo. La verdad yo a todos los pájaros los amo, todos para mí son especiales; pero las gralarias son como una familia.

Avistadores de todo tipo

Al igual que en el deporte, el avistamiento de aves tiene sus categorías. Se puede ser un deportista de alto rendimiento o un trotador dominical. Esto mismo piensa Albeiro del avistador de pájaros, en especial el de gralarias, pues

Hay avistadores de aves de diferentes tipos. Entre ellos el *hardcore* que es el duro en las aves, el pajarólogo que es a quien le gusta y por último el que apenas está aprendiendo. Pero acá en Río Blanco nos visitan todos, y me traen tareas distintas: el duro de los pájaros, que quiere observar tres o cuatro especies específicas. El pajarólogo viene a observarlas a todas en general, como el que también viene a aprender, o sea, tenemos diferentes tipos de personas; y no solo eso, la gente que llega a hacer sus recorridos y sus cosas ecológicas, también es muy importante.

Gracias a su entrega, Albeiro tiene un plan:

Un proyecto a nivel personal que tengo muy marcado es montar mi propia empresa de aviturismo; será un sitio especial para el tema del avistamiento de aves, un lugar que le garantizaría a cualquier persona que quisiera venir, que tendrá las puertas abiertas y podrá acudir a esta zona con seguridad y a observar lo que quiera. Son trescientas setenta y dos especies de aves, de las cuales hay algunas que son súper importantes. También podemos venir a Río Blanco y se va a ir satisfecho por todo lo que hay para observar, eso difundiría a los observadores de todas partes: que Río Blanco tiene las puertas abiertas para todas aquellas personas que son amantes a las aves, y no solo a ellas, aquí hay muchas cosas más para ver.

Precisamente tras este sueño es que Albeiro partió de Río Blanco solo unos días después de esta entrevista.

Pienso que todos tenemos un ciclo en determinadas zonas y creo que cumplí mi ciclo aquí. Tengo que agradecerle mucho a esta empresa y a la vez a la reserva, en especial, mencionar a la persona que me dio el empuje inicial que fue el señor Sergio Ocampo. Uno no puede ser desagradecido con la persona que le dijo “hermano esto es lo suyo”, entonces debo darle las gracias a él. Sé lo que sé y creo que cumplí. ■



Toche enjalmado macho (*Ramphocelus flammigerus*).